



“Por San Blas la cigüeña verás”

Agustín Sánchez Hita
Etnólogo

Siempre me he preguntado, por que estas simpáticas aves acompañaban la vida de tantas gentes de nuestro país y, sin embargo, en mi tierra alpujarreña los niños no podíamos disfrutar de ellas. Y lo curioso, es que a pesar de que no las veíamos, o aparecían de forma tan sumamente esporádica, estos animales estaban profundamente unidos a nuestra cultura. La incomprensión crecía en los momentos en que algún hermano, primo o vecino llegaba a este mundo, y las cigüeñas se hacían imaginariamente presentes entre nosotros de forma tan contundente.

Con la satisfacción del que ama la verdad y la descubre, pero con la añoranza del que comprueba que esta no es tan sugestiva como la leyenda, poco a poco se fue desvelando el misterio. Y así, pasamos de la cigüeña a la “semillita” (todo un verdadero cambio de paradigma, que dirían los “licenciaos”). También supe con el tiempo, que las cigüeñas precisan de humedales de escasa profundidad para vivir, un hábitat con el que aquí no contamos.

En esta fiesta de invierno tan nuestra, os invito a que, aprovechando el refrán de San Blás, hagamos un vuelo imaginario de cigüeña que nos ayude a recorrer los paisajes de nuestra sugestiva tierra almociteña.

Nos asomamos desde las cumbres de sierra de Gádor y un espectacular panorama se extiende ante nosotros. Dejamos a nuestras espaldas la agradable visión de mar y nos detenemos a contemplar el amplio paisaje del profundo valle del nacimos y al que entregamos gran parte de nuestras vidas.

Nuestro viaje por el espacio geográfico nos traslada a etapas históricas en que se gestaron las huellas que configuran el actual paisaje. Sabemos que los paisajes culturales son el reflejo de la historia de los pueblos, del sudor de sus trabajadores, del esplendor y de los fracasos de las iniciativas de las gentes. Son también la expresión de la máxima belleza de la naturaleza y de las grandes heridas que el ser humano le causa, hasta el punto de poner en serio riesgo la supervivencia del planeta y de la propia especie. Hoy sabemos, desgraciadamente, que hablamos de una realidad no augurada solo por unos pocos.

Delante nuestra, las suaves cumbres de sierra de Gádor nos permiten caminar entre los aromas que me trasladan a un tiempo en que adentrarme en la sierra siendo niño, con mi abuelo Miguel y la borriquilla para arrancar los lastones, era una de mis mayores aventuras. Todavía puedo distinguir el olor de algunas especies que durante siglos constituyeron el único remedio para los males de nuestros antepasados.

En el paseo, los balsones y aljibes se manifiestan ante nosotros como los sencillos pero efectivos ingenios, a través de cuales los pastores intentan detener la gran hemorragia inversa que supone la imparable sed de la porosa roca de esta sierra.

Más abajo, los aulagares son todavía testigos del pavoroso incendio que en agosto de 1991 convirtió a nuestra sierra en una hoguera, llevándose por delante más de 8.000 hectáreas de encinares, pinares y matorral. Fue, según recordaba el Diario de Almería después de 20 años, “el incendio forestal más importante que se ha declarado durante todo el siglo XX en Andalucía. Desgraciadamente, el incendio de la sierra de Gádor también figura en los archivos como el siniestro más grave ocurrido en España provocado deliberadamente por la mano del hombre”.

Y las fuertes pendientes contrastan con el mágico y solitario llano de Cacín, uno de los “glacis” (que así llaman geólogos a esta forma que toma la superficie terrestre) más puros de Andalucía.

Forma parte de las cavilaciones del que disfruta interpretando un paisaje, reflexionar sobre como los recios olivos han conseguido de la mano del labrador, imponerse en este áspero entorno.

El corte generado por el Andarax sobre el llano nos introduce en el vivo juego de colores que hace el río con la vegetación que le acompaña en sus márgenes, con las verdes alargadas vegas y con los terrosos taludes. Todos juntos aportan los singulares contrastes que forman el sugestivo oasis que constituye este paraíso de los pájaros. Es aquí donde, según cuentan, un almociteño capturó una vez a una cigüeña despistada.

Los dos lados del río son terreno de mineros y fundidores. Al atravesar el llano de Cacín hemos cruzado el Camino de las Fundiciones Reales (el camino de Alcora), la que a finales del siglo XVIII se convirtió en la primera carretera de la comarca. Por ella discurría durante todo el siglo XIX una continua procesión de mineros y arrieros que transportaban leña y esparto para las fundiciones, plomo para el puerto de Almería y toda clase de provisiones para cubrir las necesidades de aquella extensa pero precaria industria.

Cientos de minas salpican el paisaje como testigos de aquel siglo en que en un solo año, 1833, llegaron a abrirse 4.000 pozos en sierra de Gádor. Las fundiciones de Las Cantinas y La Escopeta, constituyen hoy ejemplos de la difícil tarea que ocupó a almociteños y fondoneros de aquellos años.

Narraba el viajero suizo del siglo XIX Charles Didier, a propósito de su paso por la fábrica del Barranco del Pilar: “Creí penetrar en el antro de Vulcano; desnudos, salvo unos calzoncillos, los trabajadores tuertos en su mayoría, parecían cíclopes (...) su cabellera chamuscada por el fuego, caía desordenadamente sobre los hombros (...) el plomo licuefacto hervía en el seno de un horno y corría en los moldes de tierra de donde debía salir al estado sólido en lingotes”. Evidentemente, pocas crónicas sobre la dureza de la vida de aquellos tiempos, pueden ser más expresivas.

Ascendiendo por La Solana, entramos en la explotación de la segunda mitad del siglo XIX, donde las tecnologías avanzadas de la época permiten el ataque a la baja ladera de Sierra Nevada. La singular Fundición de Fuente Godoy se encargaba de la transformación del mineral.

Finalmente, en los años 60 del siglo XX, con el lavado de las escombreras y dentro ya de la memoria de muchos de los aquí presentes, se cierra la secular etapa minera de Almócita.

Continuando nuestro viaje imaginario, encontrarse con la vega es recordar aquel inmenso tapiz verde que extendían las parras de la uva del Barco en primavera. Es recordar el duro trabajo por la supervivencia, el esfuerzo titánico de nuestros predecesores por levantar los

balates y trazar el sistema de acequias, incluyendo el sabio sistema de careos de invierno. Conservar la vega no es solo mantener la estética de un profundo paisaje cultural, sino que puede llegar a ser la garantía de un futuro que desconocemos.

El paso del tiempo va transformando todas las poblaciones. Nuevas formas de vida, nuevos materiales..., los cambios son a veces difíciles de evitar, y deseables cuando suponen una mejora en nuestra calidad de vida. El reto es considerar si un paisaje que pertenece a la cultura de un pueblo forjada durante siglos, y que presenta a día de hoy un indudable atractivo, merece el esfuerzo de ser mantenido.

Sin embargo, hoy sabemos que hacer compatible la mejora de la calidad de vida con la conservación de los paisajes de nuestros pueblos y nuestros campos es posible y necesario. Un paseo por vuestro pueblo (por nuestro pueblo, si me permitís el atrevimiento), refleja, tras los cincuenta años redondos que mi memoria alcanza recordar que recorro sus calles, la satisfacción de todos los que han colaborado en mantener la esencia de lo que siempre ha sido Almócita: una pequeña joya alpujarreña.

Después de este paseo al que os he invitado, y que tantas veces habréis hecho muchos de vosotros, solamente dos palabras para expresar mi agradecimiento por haberme invitado a dirigiros unas palabras como pregonero. Son pocas las ocasiones de que dispone uno en la vida de tener, cien por cien inmerecidamente, satisfacciones tan grandes como esta.

Son tantos y tan enormes mis buenos deseos para con Almócita, que estoy convencido de que difícilmente se van a poder cumplir muchos de ellos. Ya me gustaría, no obstante, que San Blas, reconocido por sus prodigios, nos echará una mano para que, al menos los más razonables, pudieran hacerse realidad.

Reconozco que es realmente difícil, en una sociedad económicamente modesta y herida por la emigración, resistir al estímulo lanzado por los codiciosos, que ha arrastrado a tanta gente de buena voluntad de la comarca. Una tentación que ha llevado a las urbanizaciones fantasma, a la pérdida de personalidad de muchos pueblos y hasta, en cierta medida, a la ruina del país.

También se que no es fácil ver con buenos ojos y encontrar la belleza en una tierra que tanto trabajo nos ha demandado y tanto sudor nos ha obligado a entregar.

Se, sin embargo, que la serenidad de las gentes de Almócita lo ha conseguido en gran medida; todos juntos, como siempre, y que gracias a ello sabemos que existe un lugar para la esperanza en nuestra Alpujarra.

Ojala que los futuros almociteños y almociteñas, mantengan el buen juicio de las actuales generaciones y sepan guardar la belleza heredada, haciendo compatible las necesarias mejoras con la conservación de la riqueza de nuestros paisajes y patrimonio histórico, como reflejo de nuestra cultura y testigos que son del esfuerzo de nuestras gentes.

Que sigamos volando, o caminando, sobre nuestros campos y montes para que conociendo nuestros parajes podamos reconocer su valor y consideremos, consecuentemente, la necesidad de su conservación.

Ojala que la verdad científica avance, y de forma no sesgada llegue a nosotros, para que nos tomen el pelo lo menos posible. Pero, eso sí, que este avance se haga de forma compatible con la conservación de nuestras tradiciones. Que la amigable cigüeña siga presente en nuestra imaginación y vocabulario cuando algún niño o niña llegue a nuestro pueblo; que, a buen seguro, han de llegar.